EL TIEMPO

precio de suscripcion es UN PESO al mes en la capital, y UN PESO CINCUENTA CENTAVOS en los Estados, franco de porte

DIARIO CATOLICO.

Editor propietario y Director: Victoriano Agüeros.

AÑO I.

MÉXICO, DOMINGO 27 DE ABRIL DE 1884.

NÚM. 214

Registrado como artículo de 2ª clase.

BOLETIN RELIGIOSO.

Domingo 27 de Abril de 1884.

(4º DE MES Y 2º DESPUES DE PASCUA.)—El Divino Pastor, Santo Toribio de Mogrovo Arzobispo y San Anastasio Papa Confesores.

FUNCIONES RELIGIOSAS.

Comienza en Catedral el centenario de Señor San José, con misas cantadas á las ocho de la mañana, ó despues de coro.

El Circular de la capital está en la Capilla de Santísimo Cristo, y el foráneo en Xochitpec. Ultimo dia.

Lunes 28 de Abril de 1884.

San Vidal Martín, Santa Valeria su mujer y San Pablo de la Cruz, fundador de la congregacion de los clérigos pasionistas.

El Circular de la capital está en Santa Teresa la Nueva, y el foráneo en Tetelpa (Vicaria fija de la parroquia de Xochitpec.) Primer dia.

OFRENDA

DE LOS

SUSCRITORES DE "EL TIEMPO" A N. S. P. LEON XIII.

De acuerdo con el párrafo que publicamos en nuestro núm. 110 queda abierta la suscripcion relativa:

Suma hasta el 23 de Abril. . . . \$ 115 68
El Sr. Calderon, al mes. 75
La Sociedad Leon XIII, de México (un peso mensual). 6 00

SERMONES DE CINCO MINUTOS.

Cristo sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo que seguir.—I San Pedro II. 21.

La Santa Iglesia, mis amados hermanos, no quiere que nos olvidemos de la cruz ni aun en este gozoso tiempo de Pascua. Hay una plegaria, ó conmemoracion de la Cruz, que la Santa Iglesia ordena decir en el oficio divino con mayor frecuencia ahora que durante el resto del año; y en la Epistola de este dia nos enseña que debemos tomar nuestra cruz, como Nuestro Señor tomó la suya, si queremos tener participio en el triunfo que hoy se celebra.

"Cristo," dice San Pedro, "nos dió un ejemplo."

San Pedro no olvidó las palabras que le dijo su Maestro á orillas del mar de Galilea: "Sígueme." No vaciló en hacerlo, é imitó á su Señor en una vida llena de privaciones y sufrimientos terminada por una terrible muerte de cruz, semejante á la de su Salvador.

Siguió el ejemplo que se lo habia dado y creyó lo que dice en esta su Epistola, y procedió con arreglo á ello. Y nosotros ¿hemos hecho lo mismo?

Muchos cristianos parece que se figuran que Nuestro Señor por medio de su resurreccion desterró ó debió desterrar todas las penas de este mundo. No pueden comprender cómo habiendo sido redimido el género humano por la Divina Sangre, el hombre tenga que soportar aún el peso de la cruz.

La veneran, se muestran agradecidos por la redencion que les ha traído, pero ni aun cuando la besan en Viérnes Santo, comprenden que deben tomarla, abrazarla y cargarla sobre sus propios hombros.

Y sin embargo, esto es lo cierto. La cruz sirve para librarnos de las penas eternas, pero no de las transitorias. Nuestro Señor no sufrió para quitarnos toda clase de sufrimientos, sino para ponernos en condiciones de soportar nuestras penas mejor y aun de sufrir las mayores, es decir, aquellas que de otro modo no podríamos resistir. Nuestro Señor pudo haberse redimido sin padecimientos, pero una de las razones porque no lo hizo, fué porque queria que nosotros, siendo los culpables, y por consiguiente, á quienes la cruz corresponde, la llevásemos alegremente viendo que El que era inocente la tomaba sobre sus espaldas.

¿Pero, por qué Nuestro Señor no sufrió lo bastante para redimirnos de todas las penas? Yo creo que son muy raras las que sean tan poco generosas que puedan hacer semejante pregunta con sinceridad, aunque parezca que tiene cabida en muchos cerebros. Yo os diré ahora por qué nos dejó participacion en su copa de dolor. Fué por la misma razon que lo indujo á tomar su parte: fué porque nos amaba, y dejó para nosotros la mejor parte; Y tambien porque comprendió que era mejor para nosotros ser salvados por medio de nuestro propio sufrimiento en la mayor cantidad posible. Esto nunca hubiera sido bastante á redimirnos por sí solo, pero El se hizo cargo del resto, que sin duda alguna fué la mayor parte.

Esta es, pues, la razon por la cual dejó la cruz en este mundo. Tratad de verla y reconocerla en vosotros mismos; esto es mejor que esperar que ella os salga al encuentro como objeto extraño é inesperado. Para ello no es necesario que estemos en la Pasena: todas las épocas del año son iguales, pues aun cuando os sentís más felices, no dejará de haber alguna nube que empañe el cielo de vuestra dicha. Y es que no puede haber para el hombre ninguna Pasena real y verdadera, hasta que, como su Redentor, haya cambiado esta vida temporal por la eterna. Pero no os apresurois, El sabe mejor que vosotros la suma de penas que os corresponde. Considerad que para vosotros es un motivo de alegría y un grande honor que os haya creído dignos de seguir sus pasos, y dadle gracias por el ejemplo que os ha dado para ayudaros y tambien porque estimando vuestra conducta no permite que en vano lo sigais.

"EL TIEMPO."

Abril 27 de 1884.

CARTAS A MARIA.

(CONTINÚAN.)

Carta segunda.

Querida Maria.

I.

Quando hayas llegado á la edad del discernimiento y la razon, encontrándote en el pleno uso de tus facultades para entrar á lo que el mundo llama "sociedad," con mucha frecuencia te verás combatida por dudas, decepciones y cuadros desconsoladores de la vida real, en cuya escuela se aprende á tener experiencia y á sobreponerse á las tormentas que agitan al corazón. Enciertas circunstancias, no faltará quien te diga que en el mundo no hay felicidad, que todo es amargura, desconsuelo, hasto y tristeza. Quizá tú misma lo pensarás al sentir en el alma el golpe de un desengaño, ó la pérdida de una esperanza en que habias cifrado un capricho, un placer ó una satisfaccion de amor propio. Cuando llegues á verte en esos momentos, no te entregues á la primera impresion, no juzgues los hechos acaloradamente antes de pensar en que todo lo del mundo es deleznable y pasajero.

A la luz del desengaño, todo se ve negro y desconsolador; pero á la luz de la virtud y del deber, eso mismo negro toma, como el prisma, cambiantes de luz que nos hacen sonreír cuando los admiramos y gozar cuando nos convencemos de que aquello es verdad; de que la luz quebrando sus rayos en el cristal produce esos colores fantásticos á la vista, pero cuya existencia es positiva, porque positiva es la luz que los ha producido.

Así en el mundo puede ser positiva la felicidad cuando el corazón toma á su cargo la difícil tarea de dominar las pasiones, de elevarse por cima de las contrariedades y de los desengaños, que no son otra cosa que efectos de una causa, el hombre; consecuencias de leyes morales aplicables á todos los estados de la vida, y rara, muy rara vez dejamos nosotros mismos de ser los responsables de esas consecuencias á que está sujeto nuestro ser.

Si cada uno examinara dia por dia lo intimo de su conciencia, los deberes que tiene que cumplir y los pensamientos que turban la tranquilidad del alma, acaso no habría quien se atreviera á llamarse desgraciado! ¿Podrá creerse infeliz el que norma sus acciones por la virtud?

¿Podrá maldecir su existencia el que animado de nobles sentimientos procura ejercer el bien sin más deseos que el de llenar un fin digno de un corazón elevado?

¿Quién podrá ser escéptico ejerciendo la caridad?

¿Quién sentirá el alma triste ó vacía cuando las dulzuras del hogar, los lazos de la familia y los vínculos de la amistad lo presentan á cada momento cuadros conmovedores, y capaces de curar la herida más profunda que haya podido abrirle el desengaño?

Y si nada de esto tiene, si es un ser abandonado de todo el mundo, ¿no le queda Dios? ¿no puede en nombre de El ser útil aun á aquellos mismos que lo han abandonado?

El sufrimiento tiene consuelos, cuando el alma se levanta en alas de la fe y busca tras el azulado firmamento al único que se los puede enviar. El dolor se mitiga cuando un llanto fecundo brota del corazón y se deposita como una ofrenda humilde á los pies de Dios. La desgracia huye, cuando la noble figura de la resignacion aparece en medio de la borrasca, como huye el terror de los naufragos, cuando están al alcance de la nave que los trae la salvacion.

II.

Para una alma pequeña, la vida puede ser un desierto sin más espacio que el que tiene á la vista, y en cuyo limite se mira aprisionada.

Para una alma grande, la vida es el inmenso campo de la lucha, donde tiene que vencer para alcanzar el laurel de una victoria segura.

¿Por qué retroceder en el camino?

¿Acaso nos pertenecemos á nosotros mismos?

¿No vivimos en medio de la gran familia humana, formando parte de un todo que debe ser comun moralmente, si queremos llevar con dignidad el nombre de humanos?

¿Quién se atreverá á negar que hay virtud, nobleza y satisfaccion en el cumplimiento de esos deberes que nos imponen el sentimiento y la sangre? ¿Y quién teniendo la conviccion de esos deberes puede creerse desgraciado?

III.

Graba, mi querida Maria, estas máximas en tu tierno corazón, procura alejar de él el egoismo, y cuando este sentimiento innoceable asome su adusto semblante en tu alma, domínalo, trata de alejarlo, pues si lo dejas que se posesione de tí acabarás por ser insensible á todo, y la aridez de esa vida será tu propia expiacion.

Entre las compañeras de colegio que hoy tienes, muchas acaso serán huérfanas como tú, y dignas por lo mismo de un cariñoso interés. Ellas y todas, deben ser para tí objetos de ternura, de abnegacion y de desprendimiento. Analas, hazlas el bien que puedas, pero sin que jamás te guie al hacerlo una mira interesada, ni siquiera el pensamiento de la recompensa, que pocas veces ó ninguna, es en el mundo verdadera; y cuando hayas hecho un bien, no veas á la persona, ni procures retenerlo en la memoria, sino al contrario, trata de olvidarlo, pues recordándolo se halagará tu amor propio y esta pasion es la mayor enemiga de las virtudes.

IV.

Muchas veces, tú que tienes un carácter inclinado al retraimiento y la melancolia, no obstante tus pocos años, pensarás al verte entre personas extrañas para tí, cierta diferencia hay del hogar al colegio; qué inmensa distancia existe del beso cariñoso de una madre, á la caricia de una persona con quien no te liga más que el vínculo social. Y sin embargo, tienes que amar á las personas que te rodean, que respetarlas, que identificarte con ellas en sus dolores, en sus alegrías, en todo lo que toca al cumplimiento de los deberes. Pero esto no por compromiso ni por hipocresía, sino por verdadera conviccion. Si no lo haces, te harás despreciable á sus ojos, te aislarás tú misma, y lejos de inspirar cariño é interés, te verán con la más fría indiferencia.

V.

Quando tu pensamiento se detenga á meditar en tu orfandad y extrañas aquel hogar humilde donde se deslizo tu infancia; cuando extrañas las caricias de tu madre, la ternura de tu abuelo y aquellas horas de dulces gozos que tanta impresion te hacian, piensa en que aquellos seres vivieron siempre cumpliendo sus obligaciones más sagradas; y que siempre trataban de infundir en tu corazón con la palabra y con el ejemplo, los sentimientos que ellos mismos tenían y practicaban con tanta abnegacion.

Muy presente debes tener, y ojalá nunca tenga que recordártela con severidad, sino con ternura, una noche, noche cuya memoria es para los que hemos quedado de nuestra familia una cosa verdaderamente sagrada; y por mas que se renueven mis dolores, quiero hablarte de ella, debo hablarte, pues quisiera yo que ni por un instante dejaras de pensar en la que te dió el ser.

VI.

Eran las nueve. Acababa de llegar á casa el sacerdote que debía auxiliar á tu madre en sus últimos momentos.

El médico, ese noble amigo, ese hermano mio de corazón á quien tanto lo debemos, estaba de pie cerca del lecho en donde yacía tu madre muy próxima á la muerte, y parecia que él contaba los instantes que le quedaban de vida á aquella criatura por quien tanto se interesó. Junto á aquel lecho y sobre una mesa, estaba colocado un gran crucifijo, delante del cual ardian cuatro cirios, y en el que tu madre fijaba con una ternura infinita la mirada de sus ojos grandes, expresivos y muy hermosos en otro tiempo.

La imagen ensangrentada del Redentor con los brazos abiertos, me parecia que aguardaba aquella alma pura llevarla al reino de su Padre.

Los amigos que nos acompañaban, mudos y silenciosos, aguardaban palpitanes el desenlace de aquel episodio, y su noble cariño por todos nosotros se pintaba en sus semblantes.

La voz solemne del sacerdote se dejó oír lenta y llena de ciertas dulces inflexiones que conmovian; los labios de tu madre se agitaban levemente para orar, y sus manos demasado débiles ya, apenas podian levantar á la altura de la boca, otro pequeño crucifijo que besaba con un fervor verdaderamente cristiano.

VII.

El sacerdote concluyó las paces y se se paró del lecho, indicándome lo que debía hacer si la agonía se prolongaba. Tomé el libro de oraciones y me disponia á rezar, cuando tu madre haciendo un esfuerzo supremo, reconcentró todas sus pocas fuerzas y me indicó que queria hablarme, recibir la bendiccion de tu abuelo que en aquellos momentos luchaba tambien con el delirio que precedió á su muerte, y bendecirte á tí y á tus hermanos.

¡Dios mio! ¡Cuántas lágrimas se agolpaban á mis ojos al escribir estos renglones, y cuánta ternura tienen para mí esos recuerdos en que se confunden dos grandes sentimientos, la religion y la familia!

Tu madre volvió á tí sus ojos llenos de las últimas lágrimas que debía derramar en esta vida y. . . ¿lo recuerdas? te hablo con ese lenguaje que solo las madres saben usar para conmover el corazón de sus hijos.

Lo que te dijo, debe estar grabado en tu alma y servirte para que no te separes jamás del camino de la virtud. Despues te bendijo y tú basaste su mano humedeciéndola con tus lágrimas. Se volvió á tus hermanos que sollozaban cerca del lecho, y los acarició bendiciéndolos tambien. Concluido esto deber maternal, se dirigió á mí, hablanos los dos en secreto algunos instantes. Sus últimas palabras fueron recomendaciones de la hermana para el hermano, tiernas confidencias de sentimientos intimos que alguna vez sabrás y podrás comprender.

Despues. . . "Ya es hora" murmuró con voz apagada, y á los pocos momentos volvió su alma mártir de las miserias humanas, á alcanzar el premio de su resignacion y de su fe.

VIII.

Quando tu espíritu, mi querida niña, vacile en las luchas á que está sujeto en la vida, piensa en tu madre y en tu abuelo; los dos te ven desde la morada de Dios y te protejen con su cariño. Acuérdate de los consejos que aun en medio de su agonía te dió tu madre, y sé buena.

Ella murió rodeada de todos los que supieron apreciar sus virtudes. La presencia de su padre, de sus hermanos, de sus hijos y de sus leales amigos, endulzó sus últimos momentos, y la religion hizo lo demás.

¡Feliz quien muere así! Ojalá y al menos tú y tus hermanos, áncos séres que me quedan en el mundo, cierren mis ojos, recojan mi último aliento y escuchen mis últimas palabras, los últimos consejos que pueda yo darles.

ANTONIO DE P. MORENO.

A MI LIRA.

Despierta, lira mia, Ya que muda has estado tantos años Sin querer traducir mis pensamientos, Sin poder modular mis desengaños, Ni dejar que á tus cuerdas silenciosas Vuelva á contar mis horas dolorosas.

Muchas veces soñando He creído tenerte entre mis manos Como en los dias primeros De mis pasados años juveniles; Cuando al pie de los frescos limoneros O en los verdes pensiles, Puesta en el corazón la mano ardiente Y bebiendo las gotas de mi frente, Canté mis alegrías, Mis largos suspiros, Y en gratas armonías La sincera expresion de mis amores.

Por eso ya causado De verte en un rincón abandonada Durmiendo entre tus cuerdas Las tiernas notas de mi edad pasada, Como se duerme el pájaro en su nido Soñando en los gorjeos de la mañana, Vengo muy poco á poco, Temiendo perturbar tu dulce calma, Á decirte al oído Las fuertes emociones de mi alma.

Mas no, lira querida, No quiero ya contarte los dolores Que luego vienen á amargar mi vida; No quiero al despertarte, que en mi frente Vens otra vez marea La huella del horrible sufrimiento, Ni tampoco velada Por el negro crespon del sentimiento.

Despierta, si, y al despertar permíte Que con segura mano Una nota te arranque de alegría; No para celebrar del vil gusano

La gloria mundanal; no para incienso Quemar indigno ante el altar profano, Sino antes bien para admirar gozoso: Del gran Jehová la omnipotencia santa.

Yo quisiera estar callado Y ser mudo testigo De todas las bellezas de lo creado; Y quisiera indiferente Reprimir en su vuelo al pensamiento Que como águila altiva Queriera treguar violento De la tierra al ignoto firmamento.

Pero ¿es posible contemplar en calma Las grandes maravillas del Eterno Sin admirar su omnipotente brazo Del uno al otro polo Y del oriente al pintoresco ocaso? ¿Cómo no conmoverse Por la mañana al despertar la aurora Cuando arrastra su cauda de diamantes, Y en el azul del cielo Mirar su senda Como autotroca apacible, Su luz mandando al silencioso suelo Y despues ocultarse Porque muy cerca viene bonancible El astro rey con fuertes resplandores Á iluminar el valle de dolores?

¿Podrá la lengua muda Permanecer entonces? ¿imposible! Entonces es cuando el poeta canta Sus gratas impresiones Y casi sin querer, meditabundo En medio á la natura adormecida, Un suspiro profundo Desprendido del alma conmovida. Deja escapar, y entusiasmada sube Con la fuerza veloz del pensamiento Más allá del sidero firmamento Y más allá de la flotante nube, Donde el Creador del cielo Velando está en su trono Las grandes maravillas de este suelo.

¿Cómo no he de cantar del sol naciente Los hermosos colores de escarlata Cuando salta gozoso Tras los celajes de espumosa plata? ¿Cómo no he de decir la mano amiga Que supo de la nada Formar el éter en el fiat primero, Y scudir potente La blonda cabellera De una materia informe Para que luego bella y hechicera Jugueteara la luz en el espacio Y viniera sonriente Del hombre hasta el espléndido palacio?

¿Cómo se mira entonces revestida De mil caprichos y de formas varias La mágica y gentil naturaleza! Aquí las frescas flores Ostentan su pureza Y reventan el broche que las ata Impregnando la atmósfera de olores; Allí los ruiseñores Entre la verde mata Le cuentan al oído sus pesares, Sacúdense las alas voladoras, Tiemplan su pico al pie de los zarzales, Y luego al alto cielo Queriendo alzar el vuelo

¡Bendito seas, oh Dios! dicen cantando, Bendito Tú que escuchas La sencilla oracion del pajarillo Que vive entre las ramas del tomillo!

No es posible callar cuando se mira Manso correr sobre sembrado suelo El diáfano cristal del arroyuelo; O bien cuando saltando De roca en roca, viene Formando el iris con su blanca espuma Y consigo arrastrando La ojarrasca del sauco Para dejarla luego entre las breñas, O sepultarla en el cercano cauce Del río que corre hasta lejanos mares Entre árboles y piedras á millares. No es posible callar. . . ¡pero hasta dónde Pretendo remontar el pensamiento? ¿Cómo he de registrar una por una Las bellezas sin cuento De toda la creación? Mejor prefiero Doblar ante el Eterno la rodilla Y entre las notas de mi estéril canto Darle una prueba de mi fe sencilla, Que queriendo abrazar con la mirada Todo lo que formó su omnipotencia Para humillar á la mundana ciencia.

Ven, pues, oh lira mia, Ven otra vez á mis temblantes manos Para tocar te como en otro dia En honor de mi Dios; mas si profano Quisiera alguna vez templar tus cuerdas, Emmudece de nuevo, Y despreciando mi cantar mentido Déjame sepultado en el olvido.

Presbítero IGNACIO MUNGUA.

Ixtlan, Marzo 1º de 1884

La mujer es un libro De muchos hojas, Nadie logró en el mundo Leerlas todas.